

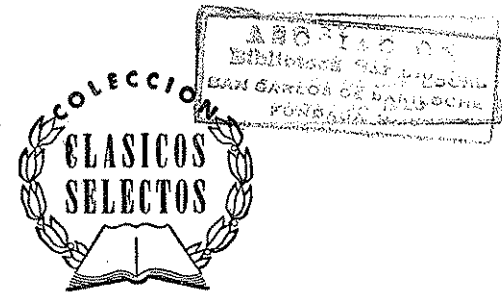
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

*Acabo de mi tío Carlos  
1968*

# FACUNDO

Prólogo de ALBERTO PALCOS

Biografía y Carras de  
DOMINGO F. SARMIENTO



EDITORIAL DE EDICIONES SELECTAS S. R. L.  
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Derechos reservados

Copyright © by

Editorial de Ediciones Selectas S. R. L.

Buenos Aires, 1965

Primera Edición

923  
Q 9  
05010

IMPRESO EN LA ARGENTINA  
PRINTED IN ARGENTINA

EDITORIAL DE EDICIONES SELECTAS S. R. L.

PERÚ 1186 - BUENOS AIRES

## DOMINGO F. SARMIENTO

(BIOGRAFIA)

Domingo Faustino Sarmiento nació en la ciudad de San Juan el 15 de febrero de 1811. Fué su madre doña Paula Albarracín, mujer abnegada descripta y como cantada por Sarmiento en una bellísima página. Su padre, don José Clemente Sarmiento, era un ardiente patriota; sirvió en el ejército de los Andes, a las órdenes de San Martín.

Cursa la instrucción primaria en la "Escuela de la Patria" de la ciudad natal, una de las mejores del país a la sazón; por su inteligencia y contracción al estudio se le proclama "primer ciudadano" de dicha escuela. Falla dos veces su intento de continuar estudios en Buenos Aires. A los 15 años, acompañando a su tío, don José de Oro, funda en San Francisco del Monte (San Luis), la primera escuela entre las centenares que le deben su nacimiento. Allí concibe la idea de regenerar a la patria por la ilustración pública, idea que es como el eje y la fuerza motriz de toda su vida. Al año siguiente, de retorno en San Juan, trabaja dos años como dependiente en la tienda de una tía suya; en los ratos libres, lee infatigablemente. Toma por modelo a Franklin.

Las circunstancias le obligan a tomar partido en la política y se decide por el unitarismo. Se lanza a la guerra civil. Se distingue en varios encuentros; después de la derrota del Pilar un militar pundonoroso lo salva de la muerte. Triunfante Facundo Quiroga, en 1831, Sarmiento emigra a Chile. Es maestro de la escuela Putaendo; gana 13 pesos mensuales de sueldo. Instala después un bodegón en Po-

curo. Luego es dependiente de tienda en Valparaíso; con la mitad de la onza mensual que gana costea sus estudios de inglés. Pasa más tarde a oficiar de mayordomo en las minas de Copiapó. Como su salud corre muy serio peligro vuelve en 1836 a San Juan. Allí funda una sociedad dramática y luego en 1838, junto con varios jóvenes ilustrados, la *Sociedad Literaria*, filial de la *Asociación de Mayo*. Lee durante dos años infinidad de libros. Funda un colegio de mujeres, el de Santa Rosa, y su primer periódico: *El Zonda* (1839). El 18 de noviembre de 1840 salva milagrosamente su vida. Toma, al día siguiente, la vía del destierro, e inscribe, de paso aquella sentencia indeleble: *On ne tue point les idées*, que tradujo gráficamente así: *Bárbaros, las ideas no se degüellan*.

En Chile despliega gran actividad y conquista altas posiciones. Se lanza a la política; apoya la observada por don Manuel Montt, su constante amigo y protector. Colabora en distintos periódicos, dirige la primer escuela normal de Sur América (1842), es nombrado, al fundarse en 1843 la Universidad de Chile, miembro del cuerpo académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades, donde auspicia la simplificación ortográfica, en parte admitida. Con Vicente Fidel López crea un colegio particular, el *Liceo*. Durante tres años (1842-45) dirige *El Progreso*, primer diario, cronológicamente hablando, que aparece en la capital chilena. Publica varios textos escolares, cartillas y silabarios; dos millones de niños chilenos aprenden a leer por su *Método de lectura gradual* (1845). Desde el punto de vista literario, esa estancia de Sarmiento en Chile es la más fecunda de su existencia. Aparte de numerosos artículos periodísticos edita *Mi defensa* (1843) y su trabajo sobre Aldao (1845), el cual lo alienta, en virtud del éxito obtenido, a escribir su obra capital, *Facundo* (1845).

Desde 1845 a 1848 viaja por Europa y los Estados Unidos, mandado por el gobierno de Chile a estudiar la organización de la enseñanza primaria. Ese viaje completa su

formación mental. De vuelta al país amigo publica dos obras maestras, los *Viajes por Europa, Africa y América* y *Educación Popular*, ambas de 1849, la última su obra preferida. Al año siguiente, ve la luz *Argirópolis*, libro en el cual aboga por la concordia de los argentinos y la adopción literal de la Constitución de los Estados Unidos. A fines de ese mismo año hace conocer *Recuerdos de Provincia*, la mejor escrita y la más tierna de sus obras.

Se incorpora, con el grado de teniente coronel, al ejército de Urquiza (1852). Emplea en Palermo la misma pluma de Rosas en escribir el parte de la victoria de Caseros. Disgustado con el militar entrerriano, gana su rincón chileno (junio de 1852), publica su movida y vivaz *Campaña en el Ejército Grande*, y sostiene su célebre polémica con Alberdi. De pronto, y emulando con su oponente, escribe, en 1853, *Los comentarios de la Constitución*. Rechaza la diputación que se le ofrece en el Estado de Buenos Aires y, en seguida, al Congreso del Paraná, en representación de Tucumán, proclamándose provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes.

En 1855, impaciente por actuar en su patria, vuelve a Buenos Aires. Redacta *El Nacional*, es electo concejal (1856) y designado Director de Escuelas (1856-62) y tres veces senador (en 1857, 1860 y 1861). En 1860 desempeña un papel muy lucido en la Convención reformadora de la Constitución. Ministro de Gobierno bajo la gobernación de Mitre, trabaja, al lado de éste, por la unidad nacional. Fracasadas las gestiones pacíficas, y después de la batalla de Pavón, va con la expedición del general Paunero a las provincias de Cuyo. Es designado gobernador de su provincia. En dos años de ejercicio de ese cargo (1862-64) realiza una labor titánica, hasta que se le nombra ministro argentino en los Estados Unidos (1865-68). Sin contar con partido propio es elegido Presidente de la Nación (1868-1874). Al bajar de la presidencia se le designa senador nacional por San Juan. En 1879 desempeña efímeramente,

en momentos muy difíciles, la cartera del Interior. Dirige la instrucción primaria en la Provincia de Buenos Aires (1875-79) y en el orden nacional (1881). Publica *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), va en misión cultural a Chile en 1884; saca *El Censor* (1885), donde inserta después su libro sobre Francisco Javier Muñiz y *Vida de Dominguito*, el hijo bienamado. Resentido seriamente en su salud parte al Paraguay en 1887 y retorna al vecino país por última vez al año siguiente. A pesar de la enfermedad, trabaja por la elevación paraguaya. El 11 de septiembre de 1888 fallece en la Asunción. Sus restos fueron inhumados en Buenos Aires, 10 días después. Ante su tumba, Carlos Pellegrini sintetizó el juicio general: "Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América".

## PRÓLOGO

*Aunque Sarmiento gusta de la poesía y escribe versos en plena adolescencia, no se descubre a sí mismo escritor sino después de dirigir El Zonda en San Juan, cuando, emigrado en Chile, y por estímulos de un mendocino, don José Calle, entra a la redacción de El Mercurio. Su temperamento ardoroso, su pluma combativa y el apoyo decidido que presta al partido gobernante de la república hermana, le deparan hartos dolores de cabeza. Su temperamento de polemista nato desencadena innumerables controversias. Discutido, ásperamente negado, quiere acallar a sus numerosos adversarios, dar la real medida de su capacidad literaria y visión política. Manuel Montt le formula el sabio consejo: —Contésteles con un libro. Y Sarmiento, en medio de grescas formidables, pergeña rápidamente la maravilla del Facundo, al tiempo que concluye un trabajo de muy distinta índole: El método de lectura gradual.*

*Quien investigue el punto descubrirá que nuestro autor se propone varios fines con el Facundo. En primer término, desprestigiar la embajada de Rosas*

a Chile que encabezaba don Baldomero García y tenía por secretario al brillante joven Bernardo de Irigoyen: este es el motivo ocasional de la obra; Sarmiento no cree en que efectivamente vaya la embajada, pues se la anuncia y difiere en repetidas oportunidades, hasta que ella se hace presente en el país amigo. Asimismo, el autor aspira a acreditar ante el público sus formidables aptitudes literarias, demostrar la justicia de la causa defendida por los proscritos argentinos, suministrarles una gran bandera: la de la lucha de la Civilización contra la Barbarie y, en fin, levantar entre los compatriotas su nombre a los primeros planos políticos y literarios, con miras, seguramente, a la futura presidencia de la Nación para cuando cayese la tiranía.

Esta diversidad de propósitos explica que el Facundo no pueda ser incluido en ningún género literario y que falle cualquier intento de asignarle una clasificación única. En ratos de jovialidad él lo define como un "libro extraño, sin pies ni cabeza", "El Yugurta, el libro sin asunto", "es Salustio, el pintor del Africa y del desierto" y, por último, "una especie de poema, panfleto, historia". Algo de todo eso hay, indudablemente. Facundo es biografía, novelesca por su interés, de Quiroga y, en menor grado, de Rosas; magnífico poema descriptivo, hasta ahora no superado, de nuestra República y de los tipos peculiares que engendra; movida, dramática historia de la revolución y de los sucesos posteriores; fascinante ensayo sociológico en una época en que el género está en pañales en Europa y, a cada momento, terrible alegato contra el sistema imperante en el país. Olvidar todos estos aspectos,

equivale a desnaturalizar a Facundo, a no percibir su riqueza y abundancia.

El autor divide la obra, en su primera edición, en dos partes, pero, en realidad, consta de tres. En la primera describe a la Pampa y los tipos que engendra. Descripción intuitiva: nunca había estado en la Pampa; en su niñez sólo llegó a San Luis y Córdoba. Más tarde, derribado Rosas, la contempla por primera vez en su inmensidad ilimitada y celebra la exactitud de su pintura. Claro está, busca informaciones para trazarla. Por de pronto, los libros de Azara y Head; además las descripciones poéticas de Echeverría. Por último, la de los arrieros sanjuaninos, que la conocían palmo a palmo, y la de los militares argentinos residentes en Chile.

La Pampa está admirablemente llevada al libro, con lo que brinda de pintoresco y característico. El baqueano, el rastreador, el gaucho malo, el cantor, son magníficos cuadros que humanizan típicamente la escena. Trabajos sueltos anteriores — Los mineros, La venta de zapatos, Un viaje a Valparaíso — lo preludian. Los mejores escritores de Europa no desdeñarían firmar esas páginas. Un hombre de letras rosista, De Angelis, dice expresivamente: "Esto se mueve, es la Pampa; el pasto hace ondas agitadas por el aire, se siente el olor de las yerbas amargas".

En la segunda parte el Tigre de los Llanos aparece evocado con relieves únicos; sabrosas anécdotas lo presentan de cuerpo entero. Pintor y psicólogo, Sarmiento parece como insinuarse entre los más escondidos repliegues de su alma. A decir verdad, la sombra siniestra de Facundo, evocada con fuerza

*shakesperiana en las palabras iniciales del libro, no podría develar el misterio de su vida ni menos el de la política argentina. Pero Sarmiento la hace hablar, la revive y transfigura bajo el soplo prodigiosamente animador de su arte.*

*El caudillo, sin embargo, no se explica de por sí: se explica sociológicamente, por el medio geográfico y el histórico. He aquí una notable anticipación acerca de la acción de ese medio. Se adelanta a Taine, quien la desarrolla sistemáticamente. La anuncia casi al mismo tiempo que Buckle, autor al cual no lee por entonces, pues a la sazón su cultura es casi exclusivamente francesa. Algún barrunto de ella hay en Montesquieu, pero Sarmiento la declara insuficiente. La completa dirigiendo la escrutadora pupila hacia el panorama histórico y social.*

*También es original la explicación de las luchas civiles argentinas, entendidas cual un choque tremendo entre la civilización y la barbarie, entre el siglo XIX, representado por las ciudades, y el XII, simbolizado por las campañas. Esta teoría produce en su hora el efecto de una revelación, de un deslumbramiento. Tras de tanto porfiado batallar se encuentra sentido histórico a la cruel contienda entre unitarios y federales. Se da con una fórmula según la cual los mares de sangre derramados no obedecen al capricho de los hombres, sino a la violenta colisión de dos maneras de ser y de pensar fundamentalmente antagónicas.*

*Tomada al pie de la letra, la teoría de Facundo no resiste a la crítica. ¿Por qué las ciudades van a estar separadas de las campañas por varios siglos? Una atmósfera común las envuelve; sincrónicamente*

*reflejan el progreso o el atraso de un pueblo. En el campo, es cierto, existen mayores elementos bárbaros, pero tal cosa ocurre en todas las latitudes y tiempos. Por algo civilización proviene de ciudad, lo que no excluye que fermenten en sus recintos gérmenes de salvajismo y de corrupción; Sarmiento pronto lo comprobaría en su visita a las ciudades ilustres del viejo continente. Y él reconoce implícitamente la necesidad de ensanchar la explicación al hacer intervenir, en escritos posteriores, elementos no enfocados en el Facundo, entre ellos la anacrónica distribución de la tierra. En la oscura fermentación de la causa de los caudillos palpita el anhelo de dar personalidad al trabajador rural, al gaucho oprimido. De ahí su popularidad y su triunfo en lo tocante a la forma de gobierno adoptada.*

*En la tercera parte Sarmiento se refiere al porvenir argentino en frases inflamadas de lírica belleza. No importa que un Quiroga más astuto y refinado sojuzgue a la patria; sus días están contados. Y traza, a grandes rasgos, el programa del nuevo gobierno; subraya el término; así robustece en el lector la certeza de su próximo advenimiento.*

*Facundo termina por contrastar dos políticas: la del sobreviviente pasado y la del porvenir, resumidas por Rosas y él, respectivamente. Estando el tirano en pleno apogeo, lo afronta con altivez; lee misteriosamente en el futuro, y no se equivoca. Descontada la caída de Rosas, prepara los andamios del régimen constitucional que sobrevendrá, en cuyo torno convoca a aunarse a todos los argentinos. Y no hay nada que hacerle. El libro inmortal, rebosante de sinceridad, de energía, de exaltación polí-*

*tica civilizadora lindante con el misticismo, se adentra en el alma e ilumina las conciencias con sus geniales resplandores. Y en otra forma continúa iluminándolas, pues sigue siendo hoy nuestro mejor libro.*

*Una obra de esa calidad se gesta en medio de la desesperación de una batalla periodística sin cuartel. Sarmiento se siente aislado, acorralado, vejado; exagera la realidad, de suyo muy dura. Se defiende como el león herido que ruge imponente en la selva o el ruiseñor que entona su canto más conmovedor al notar que le arrancan los ojos: Facundo está lleno de fierezas leoninas mitigadas por dulces cantos de ruiseñor ciego. La brega agiganta a Sarmiento; moviliza en suprema tensión las fuerzas ocultas de su ser y le arranca, como en un vértigo, cuanto puede rendir en materia literaria y en intuición política y social. Publica el libro y muy pocos, quizás ni el propio autor, tan inclinado a la jactancia, tienen la cabal noción de su valor. De entrada, cosecha muchas más espinas que flores; aquéllas le duelen tanto que influyen en su determinación de irse a Europa y los Estados Unidos: retirada estratégica, hábil hasta diplomáticamente, que encuentra apoyo eficaz en don Manuel Montt. De retorno a Chile, Sarmiento viene victorioso: Facundo recibe la consagración de la crítica europea. Y las nuevas promociones americanas descubren en sus páginas un inmenso horizonte.*

*No continuaremos estos comentarios; de lo contrario, tendríamos que repetir por entero lo que*

*estampamos en dos libros: En uno de ellos demostramos en forma un tanto minuciosa cómo Sarmiento, creador eminentemente espontáneo, corrige, a título excepcional, el texto primitivo del libro, ya por cuenta propia, ya, y es lo más común, para satisfacer objeciones que se le formulan, especialmente las prestigiadas, en un largo escrito, por Valentín Alsina. Y ocurre que en la edición oficial de sus Obras se asevera que el texto allí inserto reproduce literalmente el de la edición príncipe, tirada en Santiago, por la imprenta del Progreso, en 1845! Afirmación completamente antojadiza, indujo en deplorable error a todos los que después publicaron el Facundo, sin que nadie se tomara el trabajo, verdaderamente instructivo, de comparar las cuatro tiradas hechas en vida del autor.*

*La edición de las Obras y, en consecuencia, todas las siguientes, que la reproducen, difunden un texto deficiente del Facundo. Sin motivo de justificación alguna reaparecen en la misma, equivocaciones borradas expresamente por Sarmiento, a partir de la segunda edición, que ve la luz también en Santiago de Chile, en 1851. Es indispensable guiarse por la última edición tirada en vida del autor, esto es, la de París (1874), porque, después de suprimidos durante 23 años — por razones políticas que hemos dilucidado prolijamente —, vuelven a su sitio la introducción y la tercera parte, formada por los dos últimos capítulos, pero depurada toda la obra de los errores de la primitiva. Hemos tenido la satisfacción de ver adoptado este criterio por la "Sociedad de bibliófilos argentinos" que en 1935 ofreció a*

*sus socios una magnífica edición de lujo, dirigida por los doctores Eduardo J. Bullrich y Carlos M. Mayer, singularmente realzada por las ilustraciones de Alfredo Guido. Ahora nos complacemos en publicar la primer reedición popular del texto correcto del Facundo.*

ALBERTO PALCOS.

#### ANUNCIO DEL "FACUNDO" (1)

*("El Progreso", de Santiago de Chile, 1.º de mayo de 1845).*

Señores editores de *El Progreso*:

Tengan Vds. la bondad de franquearme las columnas del folletín para dar publicidad a los adjuntos manuscritos, que pueden, por la rareza de ciertos detalles, interesar a los lectores a quienes momentáneamente privaría de más razonado y agradable alimento para su curiosidad. Un interés del momento, premioso y urgente a mi juicio, me hace trazar rápidamente un cuadro que había creído poder presentar algún día tan acabado como me fuese posible. He creído necesario hacinar sobre el papel mis ideas tales como se me presentan, sacrificando toda pretensión literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros. Intereses mezquinos y de circunstancias, rencillas de periodistas y propósitos de partido, tienden a sublevar pasiones y celos que con el designio manifiesto de comprometer a un individuo ante la opinión pública, no van a nada menos que

(1) Por primera vez se incorpora este documento en una edición del *Facundo*. — N. de la D.